

Poemas arabigoandaluces IV

Continuación de la selección de poemas andalusíes hecha por el profesor Dr. Emilio García Gómez

14/10/2016 - Autor: Juan alberto Kurz - Fuente: Webislam

El lunar

En la mejilla de Àhmed hay un lunar
Que hechiza a todo hombre libre de amor:
Parece un jardín de rosas,
cuyo jardinero es un abisinio.

De un poeta granadino del s. XI llamado Abdelaziz ben Habra.

El bailarín

Con sus variados movimientos juega con el corazón
y se viste de encantos cuando se desnuda de ropas;
Ondulante como la rama entre sus jardines,
juguetón como la gacela en su cubil.
Con su ir y venir juega con la inteligencia de los espectadores,
como la fortuna juega como quiere con los hombres,
Y oprime con los pies su cabeza, como la espada bien templada
que puede doblarse hasta unir la empuñadura con la punta.

De Alí ben Mohamed ben Jaruf , poeta cordobés que murió en Alepo (s. XIII)

El pudor

Cuando ofreces a los circunstantes – como el copero
que sirve en rueda los vasos – el vino de tus mejillas,
encendidas de pudor, no me quedo atrás en beberlo;
Que a este vino le hacen generoso los ojos
de los que, al mirarte, te hacen ruborizar,
mientras que al otro le hacen generoso
los pies de los vendimiadores.

Del visir sevillano Abdulgualid Ismail ben Mohamed, apodado Habib (s. XI)

La azucena y la rosa

Bebe el vino junto a la fragante azucena que ha florecido,
y forma de mañana tu tertulia cuando se abre la rosa.
Ambas parece que se han amamantado en las ubres del cielo,
y que aquella mamó leche y ésta sangre.
Son dos amigos, de los cuales aquél se rebeló contra el alcanfor, rey de la blancura,

y éste desobedeció al granate, rey de lo rojo, y con razón.
La una es como un blanco idolillo expuesto ante el que pasa;
la otra como la mejilla abofeteada en la triste mañana de la separación.
O, si lo prefieres, aquélla es un manojito de tubitos de plata,
y ésta, una brasa cuyo rescoldo atizó e inflamó el viento.

De Abubéquer Mohamed Benalcotía, cortesano de Almotádid de Sevilla.

El alba

Cuando apareció la luz de la aurora,
la vi sacudir de su límpida fuente el sudor del rocío,
Y dije a mi amada: “*Temo que el sol descubra nuestro secreto*”;
más ella dijo “¡ A Dios no plazca que me descubre mi hermana!

Del alfaquí granadino Abulhasan Sahl ben Málic (s. XIII)

Castidad

Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella
y no obedecí la tentación que ofrecía Satán.
Apareció sin velo en la noche,
y las tinieblas nocturnas, iluminadas por su rostro,
también levantaron aquella vez sus velos.
Mas puse al precepto divino que condena la lujuria
como chambelán que guardase las puertas de mi pasión,
para que mi instinto no se rebelase contra la castidad.
Y así pasé la noche con ella
como el pequeño camello sediento
a quién el bozal le impide mamar.
Tal un vergel, donde para uno como yo,
no hay otro provecho que el ver y el oler.
Que no soy yo como las bestias abandonadas
que toman los jardines como pasto.

Del poeta Abuomar Áhmed ben Farh, de Jaén (s. X)